

TOFFLER, Alvin. *The third wave*, 430 p.

Alvin Toffler tuvo un gran éxito editorial con su obra "El Shock del Futuro", entre muchos de los que la leímos y la recordamos causó impacto la noticia de su nuevo libro "The Third Wave" publicado en los E.U.A. en inglés y en el año de 1980.

Traducida al español, "La tercera ola" fue publicada en México en enero de 1981, habiéndose agotado rápidamente la primer edición que consta de XXVIII capítulos desarrollados en 430 páginas.

El libro es interesante, aunque menos que el anterior y como es más extenso y examina varias líneas de pensamiento que va entreverando, a veces parece falto de unidad y difícil de seguir en los razonamientos que combina.

Tal vez, en parte, lo anterior se debe a la amplia bibliografía y a la colaboración de tanta gente que contribuyó con su información, que hacen difícil la aglutinación de tópicos tan diferentes y tan alejados unos de otros.

Hay momentos en que la obra parece tener una naturaleza estrictamente científica, en otros afecta un sensacionalismo periodístico y hasta hay algunos en que desciende a nivel de simple chismografía, que también resulta interesante.

Si la he tomado en consideración es porque sin duda ejercerá influencia a través de un crecido número de lectores y además porque muchos de sus argumentos tienen fundamento jurídico-económico, habiéndolos también con base política y sociológica. Hace algunas referencias a México, de las cuales mencionaré una que otra que podría resultar de interés.

Entre los múltiples problemas que expone y cuya solución no busco encontré muchos que me invitaron a la reflexión, siendo tal vez esta la perspectiva útil que la lectura de este libro nos puede brindar; por estas razones podría considerarse que una reseña bibliográfica de este libro no estará de más en las páginas de la Revista de nuestra Facultad de Derecho de la UNAM.

Toffler habla de tres olas, dice que la primera se desarrolló 8 000 años antes de J.C. y fue la ola de cambio, de la revolución agrícola que tardó miles de años en lanzarse pero que dominó el planeta en forma solitaria.

La segunda es la ola de cambio de la revolución industrial que se lanza entre mediados del siglo XVII y mediados del siglo XVIII, dura

sólo 300 años en los que coexiste y lucha contra la primera, que va desapareciendo en la medida en que la segunda se propaga.

Finalmente, la tercera ola con la que la Historia avanza con más aceleración siendo probable—dice Toffler—que se instale, y domine en unas cuantas décadas, resulta antagónica de la sociedad industrial con todos los elementos que la caracterizan. Esta tercera ola tiene que luchar con los residuos de la primera y con la enorme fuerza de la segunda que retrocede a medida que el nuevo cambio avanza.

Nuestro autor afirma que la generación actual es al mismo tiempo, la última de una civilización que se extingue y la primera de una civilización que surge; insiste en que es por eso que sufrimos una confusión, angustia y desorientación personales porque convivimos con lo que aún no agoniza y con lo que aún no ha hecho sino empezar a nacer.

Dice Toffler que la sociedad industrial fue el resultado de la segunda ola y ahora está formada, en términos generales, por Norteamérica, Inglaterra, Europa oriental y occidental (excepto Portugal, España, Albania, Grecia y Bulgaria), la U.R.S.S., Japón, Taiwán, Hong Kong, Singapur, Australia y Nueva Zelandia, así como algunos enclaves industriales en naciones no industriales, como Monterrey y Ciudad de México en México, Bombay en la India o Sao Paulo en el Brasil.

Señala la enorme importancia que para cualquier civilización tiene la energía y puntualiza que en las sociedades de la primera ola la energía se obtenía de baterías vivientes: el poder muscular animal o humano, también se cortaba leña que al quemarse generaba energía, pero los bosques se repoblaban. Así que todas las sociedades de la primera ola explotaban fuentes renovables de energía.

Por el contrario, las sociedades de la segunda ola empezaron a obtener su energía del carbón, el gas y el petróleo. De modo que se trata ya de civilizaciones que, por decir así, estaban consumiendo el capital de la naturaleza en lugar de limitarse a vivir del interés que producía.

A continuación Toffler se refiere a lo que llama "la cuña invisible" diciendo que con el industrialismo la segunda ola rompió la unión de producción y consumo separando al productor del consumidor, así que la economía fundida de la primera ola se transformó en la economía dividida de la segunda. Cada vez se produjo más para el mercado y el desarrollo económico se midió por las dimensiones de éste.

Afirma que la obsesiva preocupación por el dinero, los bienes y las cosas no es un reflejo del capitalismo o del socialismo, sino del industrialismo, dice además—que es un reflejo del papel central desempeñado por el mercado en todas las sociedades en las que la producción se separa del consumo, en las que todo el mundo depende del mercado, más que de sus propias capacidades productivas.

Dice Toffler que la civilización de la segunda ola obedece a seis principios ocultos que la rijen y que son los siguientes:

Uniformización, especialización, sincronización, concentración, maximización y centralización.

En las sociedades de la segunda ola, se fueron uniformando, además del trabajo, sus formas de contratación. Se hicieron pruebas uniformes para aprobar a los aptos o descartar a los ineptos. Las escalas de salarios también se uniformaron, las horas de entrada y salida, las jornadas. Para preparar a los jóvenes se establecieron cursos uniformes; estos son algunos casos, la uniformación era general para todo y para todos.

La especialización, también cundió como una plaga, al grado de que el trabajo especializado requería, no una persona completa, sino sólo una parte de ella.

Nunca hubo mejor prueba de que la superespecialización puede resultar embrutecedora.

La crítica, que empezó a hacerse al capitalismo, alcanzó también al socialismo. La extrema especialización del trabajo, común a todas las sociedades de la segunda ola tenía sus raíces en el divorcio entre producción y consumo.

La U.R.S.S., Polonia, Alemania Oriental o Hungría no tienen más posibilidades de dirigir una fábrica sin recurrir a la especialización, que el Japón o los E.U.A.

Por otra parte, al extenderse la producción fabril, el elevado costo de la maquinaria y la estrecha interdependencia del trabajo exigían una sincronización muy refinada. Si los trabajadores de una sección se demoraban en la terminación de una tarea, otros en la cadena de producción se retrasarían también; si generalizamos esto a diferentes empresas y a distintas actividades económicas vemos lo imperioso de la sincronización para toda la sociedad.

En cuanto a la concentración, ésta se operó en todas partes, la población en las ciudades, los obreros en las fábricas, los estudiantes en las escuelas, etcétera.

La maximización consistió en hacer "grande" sinónimo de "eficiencia". La *General Motors* ocupaba 595 000 personas, A.T. & T. tenía en 1970 ya una cifra de 956 000 trabajadores.

La centralización ofrece también ejemplos abundantes. Después de analizar el funcionamiento de la civilización de segunda ola bajo la acción de esos 6 principios ocultos —dice Toffler que sin importar el método que se elija para evaluarla, resulta evidente que dos cambios por sí solos hacen imposible la continuidad de la civilización industrial—.

Además, simultáneamente, está siendo retirada otra subvención para los países industriales y esta es la de las materias primas baratas.

Afirma Toffler que lo que hizo la OPEP, aparte de cuadruplicar sus ingresos procedentes del petróleo, fue acelerar una revolución que ya se estaba fraguando en la segunda ola.

Ahora se discute acerca del tiempo que falta para que se acaben las reservas del petróleo. Las complejidades del pronóstico son enormes y muchas predicciones anteriores parecen ahora tontas; sin embargo, lo que es evidente es que nadie está inyectando nuevo gas y petróleo en la tierra para reponer el que en forma aceleradamente creciente se está extrayendo.

Parece, entonces, que la era del petróleo se acerca a su fin.

Nuestro autor señala 4 grupos de industrias que a su juicio podrían convertirse en las actividades vertebrales de la tercera ola.

La primera es la electrónica y las computadoras que multiplican su potencia, reducen su precio en proporción y van invadiendo todos los campos.

La segunda sería la que podría llamarse industria espacial, ya que hay productos que si se obtienen fuera de la influencia de la gravedad terrestre resultan mucho menos costosas y hay otros que sencillamente bajo tal influencia no se pueden producir.

Pertenecientes al tercer grupo serían todas aquellas relacionadas con la explotación de los océanos que podrían servir como fuentes de materias primas y además como una fuerte ayuda para aliviar el problema de la escasez de alimentos.

La industria biológica formaría el cuarto grupo de las actividades clave del mañana y comenta Toffler que tal vez sea la que ejerca el más poderoso impacto, no menciona los ejemplos que cita nuestro autor, porque no puedo deslindar por no ser un especialista, dónde acaba la realidad y dónde comienza la fantasía, sin ignorar por otra parte, que a veces la primera ha superado a la segunda.

Con relación a los economistas y al funcionamiento monetario internacional presente, Alvin Toffler hace los siguientes comentarios que resultan de gran interés.

Dice que la estructura financiera de postguerra creada en Bretton Woods por las Naciones Unidas y luego el COMECON organizado por la U.R.S.S., parecían sólidos; agrega que los economistas estaban tan seguros de su capacidad para predecir y controlar la maquinaria económica, que hablaban sólo de afinarla.

Agrega que sus frases sólo provocan burlas ahora y que el Presidente Carter conoce a un adivino en Georgia que puede hacer mejores predicciones que los economistas.

Un ex Secretario del Tesoro, W. Michael Blumenthal, afirma que "la profesión económica está cercana al fracaso si se trata de comprender la situación actual, antes o después de que ocurran las cosas".

¿Por qué? Porque erguidos sobre los confusos restos de la teoría económica, los que tienen que tomar decisiones se enfrentan a incertidumbres crecientes.

Las tasas de interés sigzaguean. Las monedas experimentan violentas

sacudidas. Los bancos centrales compran y venden divisas a millonadas siguiendo los consejos que reciben para amortiguar las oscilaciones, pero estas empeoran.

Para facilitar todas esas operaciones ha surgido un conjunto de procedimientos monetarios propios de la era del reactor.

Una red bancaria electrónica mundial, inimaginable antes de la computadora y los satélites, enlaza ahora a París y Manila, Londres y Singapur, Australia y Nueva York. Así es como una extensa red de bancos crea un planeta de "moneda sin Estado" en el que el dinero y el crédito están fuera del control de todo gobierno concreto.

El grueso de esa moneda sin Estado se compone de eurodólares que contribuyen a la inflación en muchas partes, desequilibran la balanza de pagos en otras y en otras más minan la moneda nacional. Hacen todo esto saltando de un país a otro en unos cuantos minutos y por medios electrónicos.

En 1978 la Revista *Business Week* informaba alarmada, la increíble situación del sistema financiero internacional con 400 000 millones en eurodólares, euromarcos, eurofrancos, euroflorines y euroyens.

Agrega Toffler que los banqueros que traficaban con monedas supranacionales —no estando obligados a mantener reservas en metálico—, podían prestar ilimitadamente y a tipos de verdadera ganga.

Concluye nuestro autor que el sistema económico de la segunda ola se basaba en mercados, monedas y gobiernos nacionales; pero que esta infraestructura basada en la nación es totalmente incapaz de regular o contener la nueva y transnacional "eurobrújula" electrónica. Las estructuras diseñadas para un mundo de la segunda ola no son ya adecuadas y crujen amenazando romperse antes de que los profesionales de la economía y del derecho hayan diseñado las que habrá de sustituirlas en la categoría de la tercera ola.

Dice Toffler que los estrechos lazos económicos que hay entre las naciones imposibilitan a un gobierno nacional para que dirija independientemente su propia economía o ponga en cuarentena la inflación.

Agrega que los políticos nacionales que afirman que sus políticas interiores pueden detener la inflación o suprimir el paro, o son ingenuos o están mintiendo, ya que la mayor parte de los padecimientos económicos son ahora transmisibles a través de las fronteras nacionales, las que cada día que pasa se van volviendo más permeables.

Por otra parte, un asombroso contraste que consiste en que la civilización de la tercera ola tiende a presentar muchas características —producción descentralizada, escala no gigante, energía renovable, desurbanización, trabajo en el hogar, niveles crecientes de producción consuntiva— que se asemejan a las que se daban en las sociedades de la primera ola.

Dice Toffler que estamos presenciando algo que se parece extraordi-

nariamente a un retorno dialéctico, es decir, elementos semejantes pero en grado superior.

Para él, en la civilización de la tercera ola, la materia prima más importante de todas —una que nunca puede agotarse— es la información. Dice con un gran optimismo: que por medio de la imaginación y de la información se encontrarán substitutos para muchos de los recursos agotables actuales.

También ocurrirá que al volverse la información más importante que nunca, la nueva civilización reestructurará la educación, redefinirá la investigación científica y reorganizará los medios de comunicación.

Nuestro autor apunta algunos males sociales bastante graves al afirmar que en todas las naciones opulentas, se convirtió en una fastidiosa letanía el estar repitiendo constantemente lo que ocurre:

Crecientes tasas de suicidio juvenil, niveles altísimos de alcoholismo, depresión psicológica general, vandalismo y delincuencia.

Señala que hay un olor enfermizo en el ambiente, es el olor de la agonizante civilización de la segunda ola.

En la parte final de su libro Toffler señala que es imposible que la civilización se vea afectada en tantos aspectos como: el tecnológico, la vida familiar, las comunicaciones, etcétera, sin que tenga que enfrentarse también —tarde o temprano— a una potencialmente explosiva revolución política.

Con una generalización, desorbitada a mi juicio, nuestro autor dice que todos los partidos políticos del mundo industrial, todos los congresos, parlamentos y soviets supremos, las capas geológicas sucesivas de burocracia gubernamental —en suma, todas las herramientas que se utilizan para adoptar y hacer cumplir decisiones colectivas—, han perdido vigencia y están en trance de transformación. Una civilización de la tercera ola no puede funcionar con una estructura política de la segunda ola.

Agrega que así como los creadores de la era industrial no podían gobernar con las instituciones políticas feudales, nosotros nos veremos en la necesidad de crear nuevas herramientas políticas.

Dice luego que los sistemas de toma de decisiones han fracasado y cita ejemplos en que se advierten errores tremendos en los E.U.A.

Menciona que primero el Congreso exige que los fabricantes de automóviles instalen convertidores catalíticos en todos los coches nuevos para descontaminar el ambiente y después, cuando la General Motors ha gastado ya 300 millones de dólares en convertidores y firmado un contrato de suministros para hacerlos por diez años y con valor de otros quinientos millones de dólares, el Gobierno anuncia que los coches con convertidores catalíticos emiten 35 veces más ácido sulfúrico que los que no lo tienen y hay que dar marcha atrás.

Dice además Toffler que una importante empresa farmacéutica “Eli

Lilly" invierte más esfuerzo en cumplimentar impresos oficiales que en realizar investigaciones sobre el cáncer y las enfermedades cardíacas; y que la Compañía Petrolera "Exxon" tuvo que dirigir un informe a la Agencia Federal de Energía, con una extensión de 445 000 páginas o sea el equivalente a mil volúmenes. ¿Habrá servido este informe para tomar una decisión, en el supuesto de que alguien lo haya leído?

Claro que esto no es sólo un fenómeno norteamericano, sino que la historia se repite en Francia, Alemania, Japón y Gran Bretaña.

Se refiere luego al escapismo jurídico y menciona a un atareado legislador británico quien dijo:

"Hemos aprobado siete leyes contra la inflación. Hemos eliminado la injusticia varias veces. Hemos resuelto el problema ecológico. Todos los problemas han sido resueltos innumerables veces con la legislación. Pero los problemas subsisten, así que la legislación no es eficaz".

Al respecto podría comentarse con relación a México que también hemos padecido y seguimos padeciendo el escapismo jurídico, las leyes se suceden una tras otra y tampoco resultan eficaces; pero yo diría que lo que fundamentalmente pasa es que no se cumplen y que antes de que sepamos si una ley sirve ya la hemos cambiado por otra. Afortunadamente hay casos en que sí se cumple la Ley.

Nuestro autor termina diciendo que nadie puede saber ahora con detalle lo que nos reserva el futuro ni qué será lo que funcione mejor en una sociedad de la tercera ola. Por tal razón debe pensarse —dice— no en un cambio revolucionario y cataclísmico impuesto desde arriba, sino en miles de experimentos conscientes y descentralizados que nos permitan probar nuevos modelos de proceso decisonal a niveles locales y regionales, antes de aplicarlos a niveles nacionales y transnacionales.

Concluye su libro declarando que por encima de todo debe darse comienzo al proceso de reconstrucción, antes de que una mayor desintegración de los sistemas políticos existentes haga salir a las calles a las fuerzas de la tiranía e imposibilite una transición pacífica a la democracia del siglo XXI.

Por el licenciado Hugo RANGEL COUTO.
Profesor de la Facultad de Derecho
de la UNAM.